

Ricardo Nava Murcia, *Deconstruir el archivo: La historia, la buella, la ceniza*, Ciudad de México, Universidad Iberoamericana, Colección: El oficio de la historia, primera edición, 2015

EMILIANO MENDOZA SOLÍS

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

La dificultad más evidente al abordar la noción de archivo, o dicho con más precisión, la de deconstruir el archivo, tal como lo advierte desde el título de su libro Ricardo Nava, radica en que la propia tarea lleva en sí misma una serie de imposibilidades, un conjunto de aporías que en cuanto tales no dejarán que el tránsito o la incursión metodológica pueda transcurrir sin conflictos. Y es que la propia deconstrucción más que evitar el conflicto trata de llegar ahí donde el conflicto es latente y, si es latente —como un corazón—, es porque hay vida ahí; ahí algo se mueve y estimula. También lo latente está ya en la manera misma de aproximarse a la lengua, tal como lo muestra esa expresión francesa usada por Jacques Derrida en diferentes contextos que alude al corazón y al recuerdo, *par cœur*, algo cuyo único soporte es un saber, el saber de la memoria.

No es apresurado decir que estamos ante un texto donde la deconstrucción queda expuesta con toda claridad respecto a sus alcances teóricos, respecto a sus efectos en el quehacer del historiador y ello es una virtud que no puede soslayarse, pues desde el análisis historiográfico se logra algo que a la filosofía académica le ha resultado una tarea difícil. Para estas instituciones la figura de Derrida permanece inaccesible, sin embargo concentra una serie de prejuicios que nada aporta a la comprensión de su herencia, incluso de su *errancia*. Ante ello, el texto de Ricardo Nava tiene la virtud de esclarecer algunas nociones y algunos conceptos al tiempo que vislumbra las repercusiones en la teoría de la historia de

un pensamiento que en sentido estricto no pretende ser un método historiográfico, pero que entra directamente en la trama reflexiva sobre lo histórico, sobre la escritura de la historia, sobre los lugares de la temporalidad; sobre sus instituciones, sus huellas y sus soportes.

Para orientarnos en el estado de la cuestión es preciso dejar claro que la deconstrucción no es un método ni pretende serlo. Incluso de persistir en ello –como sucedió en su momento en las universidades de Estados Unidos– habría que decir que el de Derrida es una especie de método sin fin. Tal contrasentido remite a un procedimiento *sin telos*, esto es, sin fines previos. Lo que significa que deconstruir queda fuera del discurso metodológico de la modernidad, pero sobre todo este talante refleja algo que puede resultar aún más contradictorio: un método que no puede explicarse a sí mismo es en el mejor de los casos un saber, la pretensión de saber, una filosofía... y en tanto saber la deconstrucción no puede dissociarse de la experiencia de quien reconoce en sí la carencia de fines. O en otras palabras: conciencia y reconocimiento de finitud de lo que se sabe y de infinitud de lo que queda por saber.

Ahora bien, llegado el momento es pertinente mostrar por qué y cómo sucede este tipo de saber. Esto es, si la deconstrucción no es un método en los términos definidos por la tradición moderna (la del discurso que comienza con una duda y procede articulando certezas que escapan a la incertidumbre) qué es entonces, dónde inscribir lo que hace Derrida, ¿qué significa deconstruir? En un texto célebre Derrida menciona que la desconstrucción no puede reducirse a una mera “instrumentalidad metodológica”; no es un conjunto de reglas y de procedimientos transportables. La desconstrucción no es un acto o una operación en tanto no corresponde a un sujeto cuya iniciativa está orientada a un objeto, a un texto o tema. En todo caso habrá que reconocer que la desconstrucción “tiene lugar”; es un acontecimiento que no espera deliberación, conciencia u organización de la subjetividad moderna. No es casual por ello que Derrida concluya sus aclaraciones sobre la deconstrucción dirigida a un amigo japonés, remitiéndose a un oficio, es decir, a un saber, el saber del

traductor: “me doy cuenta de que, al intentar aclararle una palabra con vistas a ayudar a su traducción, no hago más que multiplicar con ello las dificultades: la imposible ‘tarea del traductor’ (Benjamin), esto es lo que quiere decir asimismo ‘desconstrucción’”.<sup>1</sup>

Como lo dijimos en un principio, la orientación que ofrece Ricardo Nava respecto a las aporías derridianas no significa un esfuerzo menor. Esto puede notarse desde la primera parte del libro donde el autor parece guiarnos mediante una pregunta implícita, una interrogante latente. El estado de la cuestión queda expuesto a partir de autores como Foucault, De Certeau y Deleuze. Pero más allá de lo evidente ¿qué tienen en común estos autores con Derrida? Cada uno parte de sus propias dudas y certezas; cada uno sigue su propio procedimiento, sin embargo parece haber entre ellos vasos comunicantes muy evidentes respecto a sus teorías de la historia. En términos generales me parece que esos elementos comunes se encuentran menos en sus conclusiones como en su punto de partida. Parece haber en ellos un indefinición o, mejor dicho, en ellos persiste una borradura y supresión de los límites de la filosofía con la historia. Incluso no hay preocupación alguna en establecer distancia con la literatura. Este punto de partida es lo que dificulta la definición. Es una cuestión de oficio, de saber. Filosofía, historia y literatura están unidas de forma inextricable, por lo tanto no es extraño que Ricardo Nava tenga que recurrir a los artificios de Borges para aclarar el procedimiento; un autor que definió a la metafísica como un género de ciencia ficción y la historia como una trama isotrópica del tiempo. ¿Qué significa esto? No hay mejor modelo para exponer la complejidad de la temporalidad y su isotropía que mediante el artificio borgeano de “El jardín de senderos que se bifurcan”. Ahí se habla de infinitas series de tiempos en una red creciente y vertiginosa de tiempos divergentes, convergentes y paralelos. Esa trama de tiempos que se aproximan, se bifurcan, se cortan e incluso que se ignoran secularmente abarca todas las posibilidades: “No existimos en la mayoría de esos tiempos; en algunos existe usted y no yo; en otros, yo, no usted; en otros los dos”.<sup>2</sup> El tiempo es infinito y paralelo,

pues al existir infinitas series, las posibilidades son todas las existentes, pero inmersas en la infinitud. Esta idea de tiempo proyectado en todas las direcciones busca el futuro de los hombres pero también registra su pasado. La bifurcación se perpetúa —como el destino— merced a un raro azar ininteligible que aporta un orden a la vida y la muerte.

De esta idea del tiempo puede sustraerse un modelo de temporalidad y de escritura. Pero sobre todo tal concepción coincide con la crítica del carácter metafísico del concepto de historia llevado a cabo por Derrida para quien el carácter metafísico del concepto de historia no está ligado solamente a la linealidad sino a todo un sistema de implicaciones, entre ellas la teleología, la escatología, la acumulación del sentido, la idea de tradición, de continuidad, de verdad. ¿Qué es lo que queda tras la crítica de Derrida al tiempo y la historia? Mencionaré sólo dos aspectos que el libro de Ricardo Nava deja bien expuestos y que pueden servir como punto de partida para mostrar la relevancia de su texto. El primero de ellos es que el libro de Nava al identificar claramente un objeto de estudio, en este caso el archivo, logra exponer claramente el principio errante del pensamiento derridiano y con ello lo que más adelante da pie a algo impensado que cada concepto proyecta como sombra:

[L]a deconstrucción opera desde ciertas tácticas, las cuales no se repiten como si fuesen un método para aplicar a los textos. Sin embargo, algunas son aplicables en muchos pliegues textuales de Derrida; una de ellas toma a los textos, a sus autores, y lleva los conceptos hasta el exceso, sus límites y donde ellos no fueron capaces de llegar, ya sea porque no lo vieron, dieron vuelta atrás o simplemente no arriesgaron la palabra y el pensamiento.<sup>3</sup>

El segundo aspecto no está disociado con lo anterior pero tiene que ver de manera más directa con el tema central del libro. El pensamiento de la incertidumbre derridiano se confronta de inmediato con todo lo que permanece instituido. En consecuencia la crítica más persistente es aquella que alude a la *metafísica de la presencia*. Para Derrida el origen es siempre un origen diferido, diferenciado, abrumado, dislocado. Por eso la historia no puede reducirse a un saber sobre el pasado como cosa en sí. Justo en este contexto

habrá de situar, como lo hace Ricardo Nava, la cuestión del archivo. ¿Qué es entonces un archivo? ¿Cómo deconstruirlo? El archivo lleva consigo la impronta del *Arché*, de la autoridad y el principio. Esto supone la crítica a una institución cultural, social, política e histórica. Lo que llama la atención del abordaje derridiano, de su deconstrucción del archivo, es que para contestar la interrogante sobre esta institución adopta como referencia principal el psicoanálisis freudiano. A partir de esta trama entra en juego la noción de mal-de-archivo y la de porvenir, términos que permanecen en tensión.

Trataré de comentar estas nociones de manera muy breve a partir de lo escrito por Derrida en su *Mal de archivo* y con la inestimable orientación aportada por Nava en el tercer capítulo de su libro.<sup>4</sup> El psicoanálisis freudiano propone una nueva teoría del archivo en la medida en que toma en cuenta una tópicica y una pulsión de muerte sin las que no habría ningún deseo ni ninguna posibilidad para el archivo. Por eso el concepto de archivo guarda en él —como todo concepto— lo que Derrida percibe como un “peso de impensado”. Pero, al mismo tiempo, a la vez por razones de estrategia y porque las condiciones de archivación implican todas las tensiones, contradicciones o aporías que la filosofía intenta formalizar, el concepto de archivo debe contener todas las tensiones que hacen de él un movimiento de promesa y de porvenir, no menos que de registro del pasado. La presuposición de este impensado conceptual adopta asimismo las figuras de la *represión* y de *supresión*, aun si no se reduce a ellas necesariamente. Y este par de presuposiciones dejan una impronta. Inscriben una impresión en la lengua y en el discurso. El peso de impensado que así se imprime no pesa solamente como una carga negativa. En este caso implica la historia del concepto, reorienta el deseo o el mal de archivo, su apertura al porvenir, su dependencia a la vista de lo que viene, en resumen, todo lo que vincula el saber y la memoria a una promesa. La apertura al porvenir es sin duda algo impensado, una apuesta al futuro que el archivo no puede contener. Quizá esa es la aporía más importante que el libro de Ricardo Nava presenta y expone. Ello constituye un paradigma abierto, como lo es también la persistencia de la promesa que guía al lector hasta la última página.

## Notas

<sup>1</sup> J. Derrida, “Carta a un amigo japonés” en *El tiempo de una tesis: Deconstrucción e implicaciones conceptuales*, Barcelona, Proyecto A Ediciones, 1997, p. 27.

<sup>2</sup> J. L. Borges, *Ficciones*, Buenos Aires, Emecé, 1971, p. 110.

<sup>3</sup> R. Nava, *Deconstruir el archivo: la historia, la huella, la ceniza*, México, Universidad Iberoamericana, 2015, p. 80.

<sup>4</sup> Cf. J. Derrida, *Mal de archivo. Una impresión freudiana*, Madrid, Trotta, 1997.

